



Oscar Wilde

De Profundis

ELEJANDRIA



Oscar Wilde

De Profundis

E LEJANDRIA

DE PROFUNDIS

OSCAR WILDE

1905

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO

¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

. . . El sufrimiento es un momento muy largo. No podemos dividirlo por estaciones. Sólo podemos registrar sus estados de ánimo y hacer una crónica de su regreso. Con nosotros el tiempo no progresa. Gira. Parece girar alrededor de un centro de dolor. La inmovilidad paralizante de una vida en la que cada circunstancia está regulada según un patrón inmutable, de modo que comemos y bebemos y nos acostamos y rezamos, o nos arrodillamos al menos para rezar, según las leyes inflexibles de una fórmula de hierro: esta cualidad inmóvil, que hace que cada espantoso día se parezca a su hermano en el más mínimo detalle, parece comunicarse con esas fuerzas externas cuya esencia misma es el cambio incesante. De la época de la siembra o de la cosecha, de los segadores que se inclinan sobre el maíz, o de los vendimiadores que se enredan entre las vides, de la hierba del huerto que se ha vuelto blanca por las flores rotas o que está sembrada de frutos caídos: de todo esto no sabemos ni podemos saber nada.

Para nosotros sólo hay una estación, la del dolor. El mismo sol y la luna nos parecen arrebatados. En el exterior, el día puede ser azul y dorado, pero la luz que se cuele a través del grueso cristal de la pequeña ventana con barrotes de hierro bajo la que uno se sienta es gris y niggard. Siempre es un crepúsculo en la celda de uno, como siempre es un crepúsculo en el corazón de uno. Y en la esfera del pensamiento, no menos que en la esfera del tiempo, el movimiento ya no existe. Lo que tú personalmente has olvidado hace tiempo, o puedes olvidar fácilmente, me está ocurriendo ahora, y me volverá a ocurrir mañana. Recuerda esto, y podrás comprender un poco por qué estoy escribiendo, y de esta manera escribiendo. . . .

Una semana después, me trasladan aquí. Pasan tres meses más y mi madre muere. Nadie sabía cuán profundamente la amaba y honraba. Su muerte fue terrible para mí; pero yo, que antes era un señor de la lengua, no tengo palabras para expresar mi angustia y mi vergüenza. Ella y mi padre me habían legado un nombre que habían hecho noble y honrado, no sólo en la literatura, el arte, la arqueología y la ciencia, sino en la historia pública de mi propio país, en su evolución como nación. Yo había deshonrado ese nombre eternamente. Lo había convertido en una palabra de mal gusto entre la gente baja. Lo había arrastrado por el mismo fango. Se lo había dado a los brutos para que lo convirtieran en brutal, y a los tontos para que lo convirtieran en sinónimo de locura.

Lo que sufrí entonces, y lo que aún sufro, no es para que lo escriba la pluma o lo registre el papel. Mi esposa, siempre amable y gentil conmigo, en lugar de que escuchara la noticia de labios indiferentes, viajó, enferma como estaba, todo el camino desde Génova a Inglaterra para comunicarme ella misma las noticias de una pérdida tan irreparable, tan irremediable. Me llegaron mensajes de simpatía de todos los que aún me tenían afecto. Incluso personas que no me habían conocido personalmente, al enterarse de que un nuevo dolor había irrumpido en mi vida, me escribieron para pedir que se me transmitiera alguna expresión de su condolencia. . . .

Pasan tres meses. El calendario de mi conducta y trabajo diario que cuelga en el exterior de la puerta de mi celda, con mi nombre y sentencia escritos en él, me dice que estamos en mayo. . . .

La prosperidad, el placer y el éxito, pueden ser de grano grueso y de fibra común, pero la pena es la más sensible de todas las cosas creadas. No hay nada que se agite en todo el mundo del pensamiento a lo que el dolor no vibre en una pulsación terrible y exquisita. La delgada hoja batida de oro tembloroso que narra la dirección de las fuerzas que el ojo no puede ver es, en comparación, tosca. Es una herida que sangra cuando cualquier mano que no sea la del amor la toca, e incluso entonces debe sangrar de nuevo, aunque no con dolor.

Donde hay dolor hay tierra sagrada. Algún día la gente se dará cuenta de lo que significa. No sabrán nada de la vida hasta que lo hagan, y naturalezas como la suya pueden darse cuenta.

Cuando me bajaron de mi prisión al Tribunal de Quiebras, entre dos policías, - esperó en el largo y lúgubre pasillo para que, ante toda la multitud, a la que una acción tan dulce y sencilla acalló en silencio, pudiera levantar gravemente su sombrero hacia mí, mientras, esposado y con la cabeza inclinada, pasaba por su lado. Los hombres han ido al cielo por cosas más pequeñas que esa.

Con este espíritu y con este modo de amar, los santos se arrodillaban para lavar los pies de los pobres, o se inclinaban para besar al leproso en la mej-

lla. Nunca le he dicho una sola palabra sobre lo que hizo. No sé hasta el momento si él es consciente de que yo era incluso consciente de su acción. No es una cosa por la que uno pueda dar las gracias con palabras formales. Lo guardo en el tesoro de mi corazón. Lo guardo allí como una deuda secreta que me alegra pensar que nunca podré pagar. Está embalsamada y se mantiene dulce con la mirra y la casia de muchas lágrimas. Cuando la sabiduría ha sido inútil para mí, la filosofía estéril, y los proverbios y frases de los que han tratado de consolarme como polvo y cenizas en mi boca, el recuerdo de ese pequeño, encantador y silencioso acto de amor ha desprecintado para mí todos los pozos de la piedad: ha hecho que el desierto florezca como una rosa, y me ha sacado de la amargura del exilio solitario a la armonía con el corazón herido, roto y grande del mundo.

Cuando la gente sea capaz de comprender, no sólo lo hermosa que fue la acción de -, sino por qué significó tanto para mí, y siempre significará tanto, entonces, tal vez, se darán cuenta de cómo y con qué espíritu deben acercarse a mí. . . .

Los pobres son más sabios, más caritativos, más amables, más sensibles que nosotros. A sus ojos, la prisión es una tragedia en la vida de un hombre, una desgracia, una casualidad, algo que llama a la simpatía de los demás. Hablan de alguien que está en la cárcel como de alguien que está "en problemas" simplemente. Es la frase que siempre usan, y la expresión tiene la perfecta sabiduría del amor. Con la gente de nuestro rango es diferente.

Con nosotros, la prisión convierte a un hombre en un paria. Yo, y tal como soy, apenas tengo derecho al aire y al sol. Nuestra presencia empaña los placeres de los demás. No somos bienvenidos cuando reaparecemos. Volver a ver los destellos de la luna no es para nosotros. Nos quitan a nuestros hijos. Esos encantadores vínculos con la humanidad se rompen. Estamos condenados a ser solitarios, mientras nuestros hijos aún viven. Se nos niega la única cosa que podría curarnos y mantenernos, que podría traer bálsamo al corazón magullado, y paz al alma en pena. . . .

Debo decirme a mí mismo que me he arruinado, y que nadie, grande o pequeño, puede arruinarse sino por su propia mano. Estoy dispuesto a decirlo. Estoy tratando de decirlo, aunque no lo piensen en este momento. Esta

despiadada acusación la hago sin piedad contra mí mismo. Por muy terrible que fuera lo que el mundo me hizo, lo que me hice a mí mismo fue mucho más terrible aún.

Yo era un hombre que estaba en relación simbólica con el arte y la cultura de mi época. Me había dado cuenta de ello en los albores de mi virilidad, y había obligado a mi época a darse cuenta después. Pocos hombres ocupan una posición semejante en su propia vida, y la tienen tan reconocida. Por lo general, el historiador o el crítico lo perciben, si es que lo perciben, mucho después de que el hombre y su edad hayan fallecido. En mi caso fue diferente. Yo mismo lo sentí y se lo hice sentir a otros. Byron era una figura simbólica, pero sus relaciones eran con la pasión de su época y su cansancio de pasión. Las mías eran con algo más noble, más permanente, de asunto más vital, de mayor alcance.

Los dioses me lo habían dado casi todo. Pero me dejé llevar por largas rachas de tranquilidad sensual y sin sentido. Me divertí siendo un FLA-NEUR, un dandy, un hombre de moda. Me rodeé de las naturalezas más pequeñas y de las mentes más mezquinas. Me convertí en el derrochador de mi propio genio, y desperdiciar una eterna juventud me dio una curiosa alegría. Cansado de estar en las alturas, fui deliberadamente a las profundidades en busca de nuevas sensaciones. Lo que la paradoja era para mí en la esfera del pensamiento, la perversidad se convirtió para mí en la esfera de la pasión. El deseo, al final, era una enfermedad, o una locura, o ambas. Me volví indiferente a la vida de los demás. Me deleitaba en lo que me complacía, y seguía adelante. Olvidé que cada pequeña acción del día común hace o deshace el carácter, y que por lo tanto lo que uno ha hecho en la cámara secreta tiene que gritar algún día en la azotea. Dejé de ser el señor de mí mismo. Ya no era el capitán de mi alma, y no lo sabía. Dejé que el placer me dominara. Terminé en una horrible desgracia. Ahora sólo me queda una cosa, la humildad absoluta.

He permanecido en prisión durante casi dos años. De mi naturaleza ha surgido una desesperación salvaje; un abandono a la pena que era lastimosa hasta para mirarla; una rabia terrible e impotente; amargura y desprecio; una angustia que lloraba en voz alta; una miseria que no encontraba voz; una pena que era muda. He pasado por todos los estados de ánimo posibles

del sufrimiento. Mejor que el propio Wordsworth, sé lo que Wordsworth quiso decir cuando dijo...

'El sufrimiento es permanente, oscuro y tenebroso y tiene la naturaleza del infinito'.

Pero aunque hubo momentos en los que me regocijé en la idea de que mis sufrimientos iban a ser interminables, no podía soportar que no tuvieran sentido. Ahora encuentro escondido en algún lugar de mi naturaleza algo que me dice que nada en el mundo entero carece de sentido, y el sufrimiento menos que nada. Ese algo escondido en mi naturaleza, como un tesoro en un campo, es la Humildad.

Es lo último que queda en mí, y lo mejor: el último descubrimiento al que he llegado, el punto de partida para un nuevo desarrollo. Me ha llegado directamente de mí mismo, por lo que sé que ha llegado en el momento adecuado. No podría haber llegado antes, ni después. Si alguien me lo hubiera dicho, lo habría rechazado. Si me lo hubieran traído, lo habría rechazado. Tal como lo encontré, quiero conservarlo. Debo hacerlo. Es la única cosa que tiene los elementos de la vida, de una nueva vida, VITA NUOVA para mí. De todas las cosas es la más extraña. Uno no puede adquirirla, si no es renunciando a todo lo que tiene. Sólo cuando se ha perdido todo, se sabe que se posee.

Ahora que me he dado cuenta de que está en mí, veo claramente lo que debo hacer; de hecho, debo hacerlo. Y cuando uso una frase como esa, no necesito decir que no estoy aludiendo a ninguna sanción o mandato externo. No admito ninguna. Soy mucho más individualista de lo que nunca fui. Nada me parece del menor valor, excepto lo que uno obtiene de sí mismo. Mi naturaleza busca un nuevo modo de autorrealización. Eso es todo lo que me preocupa. Y lo primero que tengo que hacer es liberarme de cualquier sentimiento de amargura contra el mundo.

No tengo ni un céntimo, ni un techo. Sin embargo, hay cosas peores en el mundo que eso. Soy muy sincero cuando digo que antes que salir de esta prisión con amargura en mi corazón contra el mundo, mendigaría gustoso y de buena gana mi pan de puerta en puerta. Si no obtuviera nada de la casa

del rico, obtendría algo en la casa del pobre. Los que tienen mucho suelen ser avaros; los que tienen poco siempre comparten. No me importaría en absoluto dormir en la fresca hierba en verano, y cuando llegara el invierno refugiarme junto al cálido almiar, o bajo el ático de un gran granero, siempre que tuviera amor en mi corazón. Las cosas externas de la vida me parecen ahora sin importancia alguna. Puedes ver a qué intensidad de individualismo he llegado, o más bien estoy llegando, porque el viaje es largo, y "donde camino hay espinas".

Por supuesto, sé que pedir limosna en la carretera no será mi destino, y que si alguna vez me tumbo en la hierba fresca por la noche será para escribir sonetos a la luna. Cuando salga de la cárcel, R. me estará esperando al otro lado de la gran puerta de hierro, y él es el símbolo, no sólo de su propio afecto, sino del afecto de muchos otros. Creo que tendré lo suficiente para vivir durante unos dieciocho meses, de modo que, si no puedo escribir libros hermosos, al menos podré leer libros hermosos; ¿y qué alegría puede ser mayor? Después de eso, espero poder recrear mi facultad creativa.

Pero si las cosas fueran diferentes: si no me quedara un amigo en el mundo; si no me quedara una sola casa abierta a la piedad; si tuviera que aceptar la cartera y el manto raído de la pura penuria: mientras esté libre de todo resentimiento, dureza y desprecio, podría afrontar la vida con mucha más calma y confianza que si mi cuerpo estuviera vestido de púrpura y lino fino, y el alma dentro de mí enferma de odio.

Y realmente no tendré ninguna dificultad. Cuando uno quiere realmente el amor, lo encuentra esperándolo.

No necesito decir que mi tarea no termina aquí. Sería relativamente fácil si lo hiciera. Hay mucho más ante mí. Tengo que subir colinas mucho más empinadas, atravesar valles mucho más oscuros. Y tengo que sacarlo todo de mí mismo. Ni la religión, ni la moral, ni la razón pueden ayudarme en absoluto.

La moral no me ayuda. Soy un antinómico nato. Soy de los que están hechos para las excepciones, no para las leyes. Pero mientras veo que no hay

nada malo en lo que uno hace, veo que hay algo malo en lo que uno se convierte. Es bueno haber aprendido eso.

La religión no me ayuda. La fe que otros dan a lo que no se ve, yo la doy a lo que se puede tocar y mirar. Mis dioses habitan en templos hechos con las manos; y dentro del círculo de la experiencia real mi credo se hace perfecto y completo: demasiado completo, puede ser, porque como muchos o todos los que han puesto su cielo en esta tierra, he encontrado en ella no sólo la belleza del cielo, sino también el horror del infierno. Cuando pienso en la religión, siento como si quisiera fundar una orden para aquellos que NO PUEDEN creer: la Cofradía de los Sin Fe, podría llamarse, donde en un altar, en el que no ardiera ninguna vela, un sacerdote, en cuyo corazón no habitara la paz, pudiera celebrar con pan sin bendecir y un cáliz vacío de vino. Cada cosa para ser verdadera debe convertirse en una religión. Y el agnosticismo debe tener su ritual no menos que la fe. Ha sembrado sus mártires, debería cosechar sus santos, y alabar a Dios diariamente por haberse ocultado al hombre. Pero ya sea la fe o el agnosticismo, no debe ser nada externo a mí. Sus símbolos deben ser de mi propia creación. Sólo es espiritual lo que hace su propia forma. Si no puedo encontrar su secreto dentro de mí, nunca lo encontraré: si no lo tengo ya, nunca vendrá a mí.

La razón no me ayuda. Me dice que las leyes bajo las que estoy condenado son leyes equivocadas e injustas, y el sistema bajo el que he sufrido un sistema equivocado e injusto. Pero, de alguna manera, tengo que hacer que ambas cosas sean justas y correctas para mí. Y exactamente como en el arte uno sólo se preocupa por lo que una cosa concreta es en un momento determinado para uno mismo, así es también en la evolución ética del propio carácter. Tengo que hacer que todo lo que me ha sucedido sea bueno para mí. La cama de tablas, la comida repugnante, las cuerdas duras trituradas en roble hasta que las puntas de los dedos se embotan de dolor, los oficios serviles con los que cada día comienza y termina, las órdenes duras que la rutina parece necesitar, el vestido espantoso que hace que la pena sea grotesca de ver, el silencio, la soledad, la vergüenza - todas y cada una de estas cosas tengo que transformarlas en una experiencia espiritual. No hay una sola degradación del cuerpo que no deba intentar convertir en una espiritualización del alma.

Quiero llegar a un punto en el que pueda decir simplemente, y sin afectación, que los dos grandes puntos de inflexión en mi vida fueron cuando mi padre me envió a Oxford, y cuando la sociedad me envió a la cárcel. No diré que la cárcel es lo mejor que me ha podido pasar, porque esa frase tendría un sabor demasiado amargo hacia mí mismo. Preferiría decir, u oír decir de mí, que era un niño tan típico de mi edad, que en mi perversidad, y por esa perversidad, convertí las cosas buenas de mi vida en malas, y las cosas malas de mi vida en buenas.

Lo que se diga, sin embargo, por mí o por otros, importa poco. Lo importante, lo que tengo por delante, lo que tengo que hacer, si no quiero que el breve resto de mis días quede mutilado, estropeado e incompleto, es absorber en mi naturaleza todo lo que se me ha hecho, hacerlo parte de mí, aceptarlo sin queja, miedo o reticencia. El vicio supremo es la superficialidad. Todo lo que se realiza es correcto.

Cuando me metieron en la cárcel por primera vez, algunas personas me aconsejaron que intentara olvidar quién era. Fue un consejo ruinoso. Sólo al darme cuenta de lo que soy he encontrado algún tipo de consuelo. Ahora otros me aconsejan que cuando salga de la cárcel intente olvidar que he estado en ella. Sé que eso sería igualmente fatal. Significaría que siempre me perseguiría una intolerable sensación de desgracia, y que aquellas cosas que están destinadas a mí tanto como a cualquier otra persona -la belleza del sol y la luna, el desfile de las estaciones, la música del amanecer y el silencio de las grandes noches, la lluvia cayendo entre las hojas, o el rocío arrastrándose sobre la hierba y haciéndola plateada- estarían todas manchadas para mí, y perderían su poder curativo, y su poder de comunicar alegría. Lamentar las propias experiencias es detener el propio desarrollo. Negar las propias experiencias es poner una mentira en los labios de la propia vida. Es nada menos que una negación del alma.

Porque así como el cuerpo absorbe todo tipo de cosas, tanto las comunes como las impuras, así como las que el sacerdote o una visión han limpiado, y las convierte en rapidez o fuerza, en el juego de los bellos músculos y en el moldeado de la hermosa carne, en las curvas y los colores del cabello, los labios y los ojos; Así, el alma, a su vez, tiene también sus funciones nutritivas, y puede transformar en nobles estados de ánimo y en pasiones de gran

importancia lo que en sí mismo es vil, cruel y degradante; más aún, puede encontrar en ellos sus más augustos modos de afirmación, y a menudo puede revelarse más perfectamente a través de lo que se pretendía profanar o destruir.

El hecho de haber sido el preso común de una cárcel común debo aceptarlo francamente, y, por curioso que parezca, una de las cosas que tendré que enseñarme es a no avergonzarme de ello. Debo aceptarlo como un castigo, y si uno se avergüenza de haber sido castigado, bien podría no haberlo sido nunca. Por supuesto que hay muchas cosas por las que fui condenado que no había hecho, pero también hay muchas cosas por las que fui condenado que había hecho, y un número aún mayor de cosas en mi vida por las que nunca fui acusado en absoluto. Y como los dioses son extraños, y nos castigan tanto por lo que es bueno y humano en nosotros como por lo que es malo y perverso, debo aceptar el hecho de que uno es castigado tanto por el bien como por el mal que hace. No tengo ninguna duda de que es muy correcto que uno sea castigado. Le ayuda a uno, o debería ayudarle, a darse cuenta de ambas cosas, y a no envanecerse demasiado con ninguna de ellas. Y si entonces no me avergüenzo de mi castigo, como espero no hacerlo, podré pensar, caminar y vivir con libertad.

Muchos hombres, al salir de la cárcel, llevan su prisión en el aire, y la esconden como una desgracia secreta en sus corazones, y al final, como pobres cosas envenenadas, se arrastran a algún agujero y mueren. Es lamentable que tengan que hacerlo, y está mal, terriblemente mal, que la sociedad les obligue a hacerlo. La sociedad se arroga el derecho de infligir un castigo atroz al individuo, pero también tiene el vicio supremo de la superficialidad, y no se da cuenta de lo que ha hecho. Cuando el castigo del hombre ha terminado, lo deja solo; es decir, lo abandona en el mismo momento en que comienza su más alto deber hacia él. Se avergüenza realmente de sus propios actos, y rehúye a aquellos a quienes ha castigado, como la gente rehúye a un acreedor cuya deuda no puede pagar, o a alguien a quien ha infligido un mal irreparable, irremediable. Puedo reclamar por mi parte que si me doy cuenta de lo que he sufrido, la sociedad se dé cuenta de lo que me ha infligido; y que no haya rencor ni odio por ninguna de las partes.

Por supuesto, sé que, desde un punto de vista, las cosas serán diferentes para mí que para los demás; de hecho, deben serlo por la propia naturaleza del caso. Los pobres ladrones y parias que están presos aquí conmigo son en muchos aspectos más afortunados que yo. El pequeño camino en la ciudad gris o en el campo verde que vio su pecado es pequeño; para encontrar a aquellos que no saben nada de lo que han hecho no necesitan ir más lejos de lo que un pájaro podría volar entre el crepúsculo y el amanecer; pero para mí el mundo está arrugado a un palmo, y dondequiera que me vuelva mi nombre está escrito en las rocas en plomo. Porque he pasado, no de la oscuridad a la notoriedad momentánea del crimen, sino de una especie de eternidad de fama a una especie de eternidad de infamia, y a veces me parece que he demostrado, si es que era necesario demostrarlo, que entre lo famoso y lo infame no hay más que un paso, si es que lo hay.

Sin embargo, en el hecho mismo de que la gente me reconozca dondequiera que vaya, y sepa todo sobre mi vida, en cuanto a sus locuras, puedo discernir algo bueno para mí. Me obligará a reafirmarme como artista, y tan pronto como pueda. Si puedo producir una sola obra de arte hermosa, podré despojar a la malicia de su veneno, y a la cobardía de su desprecio, y arrancar de raíz la lengua del desprecio.

Y si la vida es, como seguramente lo es, un problema para mí, yo no soy menos problema para la vida. La gente debe adoptar alguna actitud hacia mí, y así emitir un juicio, tanto sobre ellos mismos como sobre mí. No necesito decir que no estoy hablando de individuos particulares. Las únicas personas con las que me gustaría estar ahora son los artistas y las personas que han sufrido: los que saben lo que es la belleza y los que saben lo que es el dolor: nadie más me interesa. Tampoco estoy exigiendo nada a la vida. En todo lo que he dicho me preocupa simplemente mi propia actitud mental hacia la vida en su conjunto; y siento que no avergonzarme de haber sido castigado es uno de los primeros puntos que debo alcanzar, por el bien de mi propia perfección, y porque soy tan imperfecto.

Luego debo aprender a ser feliz. Una vez lo supe, o creí saberlo, por instinto. Una vez fue primavera en mi corazón. Mi temperamento era afín a la alegría. Llenaba mi vida hasta el borde de placer, como se llena una copa hasta el borde de vino. Ahora afronto la vida desde un punto de vista com-

pletamente nuevo, e incluso concebir la felicidad me resulta a menudo extremadamente difícil. Recuerdo que durante mi primer trimestre en Oxford leí en el RENACIMIENTO de Pater -ese libro que ha tenido una influencia tan extraña en mi vida- cómo Dante rebaja en el Infierno a los que viven voluntariamente en la tristeza; y que fui a la biblioteca del colegio y me dirigí al pasaje de la COMEDIA DIVINA en el que, bajo el lúgubre pantano, yacen los que estaban "hoscos en el dulce aire", diciendo por siempre y para siempre a través de sus suspiros

'Tristi fummo Nell aer dolce che dal sol s'allegra'.

Sabía que la Iglesia condenaba la ACCIDIA, pero toda la idea me parecía bastante fantástica, justo el tipo de pecado que inventaría un sacerdote que no supiera nada de la vida real. Tampoco podía entender cómo Dante, que dice que "el dolor nos vuelve a casar con Dios", podía ser tan duro con los enamorados de la melancolía, si es que realmente los había. No tenía idea de que algún día esto se convertiría para mí en una de las mayores tentaciones de mi vida.

Mientras estaba en la prisión de Wandsworth, anhelaba morir. Era mi único deseo. Cuando, después de dos meses en la enfermería, me trasladaron aquí y me encontré con una salud física cada vez mejor, me llené de rabia. Decidí suicidarme el mismo día en que saliera de la cárcel. Al cabo de un tiempo se me pasó ese mal humor, y me propuse vivir, pero llevando la tristeza como un rey lleva la púrpura: no volver a sonreír nunca más: convertir cualquier casa en la que entrara en una casa de luto: hacer que mis amigos caminaran lentamente en la tristeza conmigo: enseñarles que la melancolía es el verdadero secreto de la vida: mutilarlos con una pena ajena: estropearlos con mi propio dolor. Ahora pienso de manera muy diferente. Veo que sería ingrato y antipático por mi parte poner una cara tan larga que cuando mis amigos vinieran a verme tuvieran que alargar aún más sus caras para mostrar su simpatía; o, si quisiera agasajarlos, invitarlos a sentarse en silencio a comer hierbas amargas y carnes fúnebres al horno. Debo aprender a ser alegre y feliz.

En las dos últimas ocasiones en que se me permitió ver a mis amigos aquí, traté de ser lo más alegre posible, y de mostrar mi alegría, con el fin de

compensarles un poco la molestia de venir desde la ciudad para verme. Es sólo una pequeña recompensa, lo sé, pero es la que, estoy seguro, más les agrada. Vi a R. durante una hora el sábado de la semana, y traté de dar la mayor expresión posible del placer que realmente sentí en nuestro encuentro. Y el hecho de que, por primera vez desde mi encarcelamiento, tengo un verdadero deseo de vivir, me demuestra que estoy en lo cierto en lo que respecta a las opiniones e ideas que estoy formando aquí para mí.

Tengo tanto por hacer, que consideraría una terrible tragedia si muriera antes de que se me permitiera completar al menos un poco de ello. Veo nuevos desarrollos en el arte y en la vida, cada uno de los cuales es un nuevo modo de perfección. Anhele vivir para poder explorar lo que es nada menos que un mundo nuevo para mí. ¿Quieres saber qué es este nuevo mundo? Creo que puedes adivinar lo que es. Es el mundo en el que he estado viviendo. El dolor, entonces, y todo lo que le enseña a uno, es mi nuevo mundo.

Antes vivía completamente para el placer. Evitaba el sufrimiento y la pena de todo tipo. Odiaba ambos. Resolví ignorarlos en la medida de lo posible: tratarlos, es decir, como modos de imperfección. No formaban parte de mi esquema de vida. No tenían cabida en mi filosofía. Mi madre, que conocía la vida en su totalidad, solía citarme a menudo los versos de Goethe - escritos por Carlyle en un libro que le había regalado hace años, y traducidos por él, me parece, también:-.

"Quien nunca comió su pan en la tristeza, Quien nunca pasó las horas de medianoche Llorando y esperando la mañana, - Él no os conoce, vosotros, poderes celestiales".

Eran los versos que aquella noble reina de Prusia, a la que Napoleón trató con tan grosera brutalidad, solía citar en su humillación y exilio; eran los versos que mi madre citaba a menudo en los problemas de su vida posterior. Yo me negaba absolutamente a aceptar o admitir la enorme verdad que se escondía en ellas. No podía entenderla. Recuerdo muy bien cómo le decía que no quería comer mi pan con pena, ni pasar ninguna noche llorando y esperando un amanecer más amargo.

No tenía ni idea de que era una de las cosas especiales que el destino me tenía reservadas: que durante todo un año de mi vida, en efecto, iba a hacer poco más. Pero así me ha tocado mi parte; y durante los últimos meses, tras terribles dificultades y luchas, he podido comprender algunas de las lecciones que se esconden en el corazón del dolor. Los clérigos y las personas que utilizan frases sin sabiduría hablan a veces del sufrimiento como un misterio. En realidad es una revelación. Uno discierne cosas que nunca antes había discernido. Uno se acerca a toda la historia desde un punto de vista diferente. Lo que uno había sentido tenuemente, por instinto, sobre el arte, se realiza intelectual y emocionalmente con perfecta claridad de visión y absoluta intensidad de aprehensión.

Ahora veo que el dolor, siendo la emoción suprema de la que es capaz el hombre, es a la vez el tipo y la prueba de todo gran arte. Lo que el artista busca siempre es el modo de existencia en el que el alma y el cuerpo son uno e indivisible: en el que lo exterior es expresivo de lo interior: en el que la forma revela. De tales modos de existencia hay no pocos: la juventud y las artes preocupadas por la juventud pueden servirnos de modelo en un momento dado; en otro, podemos pensar que, en su sutileza y sensibilidad de la impresión, su sugerencia de un espíritu que habita en las cosas externas y que hace su vestimenta de tierra y aire, de niebla y ciudad por igual, y en su mórbida simpatía de sus estados de ánimo, y tonos y colores, el arte paisajístico moderno está realizando para nosotros pictóricamente lo que fue realizado en tal perfección plástica por los griegos. La música, en la que todo el tema se absorbe en la expresión y no puede separarse de ella, es un ejemplo complejo, y una flor o un niño un ejemplo simple, de lo que quiero decir; pero el dolor es el tipo definitivo tanto en la vida como en el arte.

Detrás de la alegría y la risa puede haber un temperamento tosco, duro e insensible. Pero detrás de la pena siempre hay dolor. El dolor, a diferencia del placer, no lleva máscara. La verdad en el arte no es ninguna correspondencia entre la idea esencial y la existencia accidental; no es la semejanza de la forma con la sombra, o de la forma reflejada en el cristal con la forma misma; no es ningún eco procedente de una colina hueca, como tampoco es un pozo de agua de plata en el valle que muestra la luna a la luna y Narciso a Narciso. La verdad en el arte es la unidad de una cosa consigo misma: lo exterior convertido en expresión de lo interior: el alma encarnada: el cuerpo

instinto con el espíritu. Por eso no hay verdad comparable al dolor. Hay veces que el dolor me parece la única verdad. Otras cosas pueden ser ilusiones del ojo o del apetito, hechas para cegar al uno y empalagar al otro, pero del dolor se han construido los mundos, y en el nacimiento de un niño o de una estrella hay dolor.

Más que eso, hay en el dolor una realidad intensa, extraordinaria. He dicho de mí mismo que fui uno de los que estuvo en relaciones simbólicas con el arte y la cultura de mi época. No hay un solo desgraciado en este miserable lugar junto a mí que no esté en relación simbólica con el secreto mismo de la vida. Porque el secreto de la vida es el sufrimiento. Es lo que se esconde detrás de todo. Cuando empezamos a vivir, lo que es dulce es tan dulce para nosotros, y lo que es amargo tan amargo, que inevitablemente dirigimos todos nuestros deseos hacia los placeres, y buscamos no sólo "un mes o dos para alimentarnos de panal", sino que durante todos nuestros años no probamos ningún otro alimento, ignorando todo el tiempo que realmente podemos estar muriendo de hambre el alma.

Recuerdo haber hablado una vez sobre este tema con una de las personalidades más hermosas que he conocido: una mujer, cuya simpatía y noble bondad hacia mí, tanto antes como después de la tragedia de mi encarcelamiento, han estado más allá del poder y de la descripción; una mujer que realmente me ha ayudado, aunque ella no lo sabe, a soportar la carga de mis problemas más de lo que lo ha hecho cualquier otra persona en todo el mundo, y todo por el mero hecho de su existencia, por ser lo que es - en parte un ideal y en parte una influencia: una sugerencia de lo que uno podría llegar a ser, así como una ayuda real para llegar a serlo; un alma que hace dulce el aire común, y hace que lo espiritual parezca tan simple y natural como la luz del sol o el mar: alguien para quien la belleza y el dolor van de la mano, y tienen el mismo mensaje. En la ocasión en la que estoy pensando, recuerdo claramente cómo le dije que había suficiente sufrimiento en una estrecha calle de Londres para demostrar que Dios no amaba al hombre, y que dondequiera que hubiera algún dolor, aunque fuera el de un niño, en algún jardincito llorando por una falta que hubiera o no hubiera cometido, toda la faz de la creación quedaba completamente empañada. Estaba totalmente equivocada. Ella me lo dijo, pero yo no podía creerla. Yo no estaba en la esfera en la que se podía llegar a tal creencia. Ahora me parece que el amor de al-

gún tipo es la única explicación posible de la extraordinaria cantidad de sufrimiento que hay en el mundo. No puedo concebir ninguna otra explicación. Estoy convencido de que no hay otra, y de que si el mundo ha sido, en efecto, como he dicho, construido de dolor, lo ha sido por las manos del amor, porque de ninguna otra manera podría el alma del hombre, para quien el mundo fue hecho, alcanzar la plena estatura de su perfección. Placer para el bello cuerpo, pero dolor para la bella alma.

Cuando digo que estoy convencido de estas cosas, hablo con demasiado orgullo. A lo lejos, como una perla perfecta, se ve la ciudad de Dios. Es tan maravillosa que parece que un niño podría alcanzarla en un día de verano. Y así podría un niño. Pero conmigo y con los que son como yo es diferente. Uno puede darse cuenta de una cosa en un solo momento, pero la pierde en las largas horas que siguen con pies de plomo. Es tan difícil mantener "las alturas que el alma es competente para ganar". Pensamos en la eternidad, pero nos movemos lentamente a través del tiempo; y no necesito volver a hablar de la lentitud con la que transcurre el tiempo con los que yacen en la cárcel, ni del cansancio y la desesperación que vuelven a entrar en la celda de uno, y en la celda de su corazón, con una insistencia tan extraña que uno tiene, por así decirlo, que aderezar y barrer su casa para su llegada, como para un invitado no deseado, o un amo amargado, o un esclavo del que uno ha elegido ser.

Y, aunque en este momento a mis amigos les cueste creerlo, no deja de ser cierto que para ellos, que viven en libertad, ociosidad y comodidad, es más fácil aprender las lecciones de humildad que para mí, que empiezo el día arrodillándome y lavando el suelo de mi celda. Porque la vida en la cárcel, con sus interminables privaciones y restricciones, lo vuelve a uno rebelde. Lo más terrible no es que rompa el corazón -los corazones están hechos para romperse-, sino que lo convierte en piedra. A veces uno siente que sólo con una fachada de bronce y un labio de desprecio puede pasar el día. Y quien está en estado de rebeldía no puede recibir la gracia, para usar la frase a la que la Iglesia es tan aficionada -tan acertadamente aficionada, me atrevo a decir-, porque en la vida como en el arte el estado de ánimo de la rebeldía cierra los canales del alma, y apaga los aires del cielo. Sin embargo, debo aprender estas lecciones aquí, si he de aprenderlas en alguna parte, y debo llenarme de alegría si mis pies están en el camino correcto y mi rostro

se dirige hacia "la puerta que se llama hermosa", aunque pueda caer muchas veces en el fango y a menudo en la niebla me extravíe.

Esta nueva vida, como a veces me gusta llamarla por mi amor a Dante, no es, por supuesto, una vida nueva, sino simplemente la continuación, por medio del desarrollo y la evolución, de mi vida anterior. Recuerdo que, cuando estaba en Oxford, le dije a uno de mis amigos, mientras paseábamos por los estrechos paseos de Magdalen, acechados por los pájaros, una mañana del año anterior a mi licenciatura, que quería comer del fruto de todos los árboles del jardín del mundo, y que iba a salir al mundo con esa pasión en mi alma. Y así, efectivamente, salí, y así viví. Mi único error fue limitarme exclusivamente a los árboles de lo que me parecía el lado iluminado por el sol del jardín, y rehuir el otro lado por su sombra y su penumbra. El fracaso, la desgracia, la pobreza, la pena, la desesperación, el sufrimiento, incluso las lágrimas, las palabras rotas que salen de los labios en el dolor, el remordimiento que hace caminar sobre las espinas, la conciencia que condena, la abajación de sí mismo que castiga, la miseria que pone cenizas en su cabeza, la angustia que elige la tela de saco para su vestimenta y en su propia bebida pone hiel: todas estas eran cosas de las que tenía miedo. Y como me había propuesto no saber nada de ellas, me vi obligado a probar cada una de ellas por turno, a alimentarme de ellas, a no tener durante una temporada, de hecho, ningún otro alimento.

No me arrepiento ni un solo instante de haber vivido para el placer. Lo hice plenamente, como debe hacerse con todo lo que se hace. No hubo placer que no experimentara. Eché la perla de mi alma en una copa de vino. Bajé por el sendero de la primula al son de las flautas. Viví a base de panal. Pero haber continuado la misma vida habría sido un error porque habría sido limitante. Tuve que seguir adelante. La otra mitad del jardín también tenía sus secretos para mí. Por supuesto, todo esto está presagiado y prefigurado en mis libros. Algo de ello está en EL PRÍNCIPE FELIZ, algo en EL JOVEN REY, especialmente en el pasaje en el que el obispo le dice al niño arrodillado: "¿No es más sabio que tú el que hizo la miseria? una frase que cuando la escribí me pareció poco más que una frase; gran parte de ella está escondida en la nota de fatalidad que como un hilo púrpura recorre la textura de DORIAN GRIS; en EL CRÍTICO COMO ARTISTA está expuesta en muchos colores; en EL ALMA DEL HOMBRE está escrita, y en

letras demasiado fáciles de leer; es uno de los estribillos cuyos MOTIVOS recurrentes hacen de SALOME una pieza musical y la unen como una balada; en el poema en prosa del hombre que desde el bronce de la imagen del "Placer que vive un momento" tiene que hacer la imagen del "Dolor que permanece para siempre" está encarnado. No podía ser de otra manera. En cada momento de la vida uno es lo que va a ser, no menos que lo que ha sido. El arte es un símbolo, porque el hombre es un símbolo.

Es, si puedo alcanzarlo plenamente, la realización última de la vida artística. Porque la vida artística es simplemente autodesarrollo. La humildad en el artista es su franca aceptación de todas las experiencias, así como el amor en el artista es simplemente el sentido de la belleza que revela al mundo su cuerpo y su alma. En MARIUS EL EPICÚREO, Pater trata de conciliar la vida artística con la vida religiosa, en el sentido profundo, dulce y austero de la palabra. Pero Marius es poco más que un espectador: un espectador ideal, ciertamente, y uno a quien le es dado "contemplar el espectáculo de la vida con las emociones apropiadas", que Wordsworth define como el verdadero objetivo del poeta; pero un espectador meramente, y quizás demasiado ocupado con la belleza de los bancos del santuario para darse cuenta de que es el santuario del dolor lo que está contemplando.

Veo una conexión mucho más íntima e inmediata entre la verdadera vida de Cristo y la verdadera vida del artista; y me complace la reflexión de que, mucho antes de que el dolor hiciera suyos mis días y me atara a su rueda, yo había escrito en EL ALMA DEL HOMBRE que el que quisiera llevar una vida como la de Cristo debía ser total y absolutamente él mismo, y había tomado como tipos no sólo al pastor en la ladera y al prisionero en su celda, sino también al pintor para quien el mundo es un espectáculo y al poeta para quien el mundo es una canción. Recuerdo haberle dicho una vez a André Gide, mientras estábamos sentados juntos en un café de París, que si bien la metafísica tenía poco interés real para mí, y la moral absolutamente ninguno, no había nada que Platón o Cristo hubieran dicho que no pudiera ser transferido inmediatamente a la esfera del arte y encontrar allí su completa realización.

No es sólo que podamos discernir en Cristo esa estrecha unión de la personalidad con la perfección que constituye la verdadera distinción entre el

movimiento clásico y el romántico en la vida, sino que la base misma de su naturaleza era la misma que la de la naturaleza del artista: una imaginación intensa y flamígera. Realizó en toda la esfera de las relaciones humanas esa simpatía imaginativa que en la esfera del Arte es el único secreto de la creación. Comprendía la lepra del leproso, la oscuridad del ciego, la feroz miseria de los que viven para el placer, la extraña pobreza del rico. Alguien me escribió con problemas: "Cuando no estás en tu pedestal no eres interesante". Qué alejado estaba el escritor de lo que Matthew Arnold llama 'el secreto de Jesús'. Cualquiera de ellos le habría enseñado que todo lo que le sucede a otro le sucede a uno mismo, y si quieres una inscripción para leer al amanecer y a la noche, y por placer o por dolor, escribe en las paredes de tu casa con letras para que el sol las dore y la luna las platee, 'Todo lo que le sucede a uno le sucede a otro'.

El lugar de Cristo es, en efecto, el de los poetas. Toda su concepción de la Humanidad surgió de la imaginación y sólo puede ser realizada por ella. Lo que Dios era para el panteísta, el hombre era para Él. Fue el primero en concebir las razas divididas como una unidad. Antes de su tiempo habían existido dioses y hombres, y, sintiendo por el misticismo de la simpatía que en sí mismo cada uno se había encarnado, se llama a sí mismo el Hijo de los unos o el Hijo de los otros, según su estado de ánimo. Más que ningún otro en la historia, despierta en nosotros ese temperamento de asombro al que siempre apela el romance. Todavía hay algo que me parece casi increíble en la idea de que un joven campesino galileo imaginara que podía soportar sobre sus propios hombros la carga del mundo entero; todo lo que ya se había hecho y sufrido, y todo lo que aún estaba por hacer y sufrir: los pecados de Nerón, de César Borgia, de Alejandro VI, y del que fue Emperador de Roma y Sacerdote del Sol: los sufrimientos de aquellos cuyos nombres son legión y cuya morada está entre las tumbas: las nacionalidades oprimidas, los niños de las fábricas, los ladrones, los encarcelados, los parias, los que están mudos bajo la opresión y cuyo silencio sólo se escucha de Dios; y no sólo imaginarlo, sino lograrlo realmente, de modo que en el momento presente todos los que entran en contacto con su personalidad, aunque no se inclinen ante su altar ni se arrodillen ante su sacerdote, encuentran de alguna manera que se les quita la fealdad de su pecado y se les revela la belleza de su dolor.

He dicho de Cristo que se encuentra entre los poetas. Es cierto. Shelley y Sófocles son de su compañía. Pero toda su vida es también el más maravilloso de los poemas. En cuanto a la "piedad y el terror", no hay nada en todo el ciclo de la tragedia griega que se le pueda comparar. La absoluta pureza del protagonista eleva todo el esquema a una altura de arte romántico de la que los sufrimientos de Tebas y la línea de Pélope quedan excluidos por su propio horror, y demuestra lo equivocado que estaba Aristóteles cuando dijo en su tratado sobre el drama que sería imposible soportar el espectáculo de alguien intachable en el dolor. Ni en Esquilo ni en Dante, esos severos maestros de la ternura, ni en Shakespeare, el más puramente humano de todos los grandes artistas, ni en todo el mito y la leyenda celta, donde la belleza del mundo se muestra a través de una niebla de lágrimas, y la vida de un hombre no es más que la vida de una flor, hay nada que, por la pura simplicidad del patetismo unido y hecho uno con la sublimidad del efecto trágico, pueda decirse que iguala o incluso se acerca al último acto de la pasión de Cristo. La pequeña cena con sus compañeros, uno de los cuales ya lo ha vendido por un precio; la angustia en el tranquilo jardín iluminado por la luna; el falso amigo que se acerca a él para traicionarlo con un beso; el amigo que todavía creía en él, y en el que como en una roca había esperado construir una casa de refugio para el Hombre, negándolo como el pájaro gritó a la aurora; su propia soledad absoluta, su sumisión, su aceptación de todo; y junto con todo ello escenas como la del sumo sacerdote de la ortodoxia rasgando sus vestiduras con ira, y la del magistrado de la justicia civil pidiendo agua con la vana esperanza de limpiarse de esa mancha de sangre inocente que lo convierte en la figura escarlata de la historia; la ceremonia de coronación del dolor, una de las cosas más maravillosas de todo el tiempo registrado; la crucifixión del Inocente ante los ojos de su madre y del discípulo al que amaba; los soldados apostando y lanzando dados por sus ropas; la terrible muerte por la que dio al mundo su símbolo más eterno; y su entierro final en la tumba del hombre rico, su cuerpo envuelto en lino egipcio con especias y perfumes costosos como si hubiera sido el hijo de un rey. Cuando uno contempla todo esto desde el punto de vista del arte, no puede más que agradecer que el oficio supremo de la Iglesia sea la representación de la tragedia sin derramamiento de sangre: la presentación mística, por medio de diálogos y trajes e incluso gestos, de la Pasión de su Señor; y siempre es una fuente de placer y asombro para mí recordar que la última

supervivencia del coro griego, perdido en otras partes del arte, se encuentra en el sirviente que responde al sacerdote en la misa.

Sin embargo, toda la vida de Cristo -que puede hacer que el dolor y la belleza sean una sola cosa en su significado y manifestación- es realmente un idilio, aunque termine con el velo del templo rasgado, la oscuridad sobre la faz de la tierra y la piedra rodada a la puerta del sepulcro. Uno siempre piensa en él como un joven novio con sus acompañantes, como de hecho se describe a sí mismo en alguna parte; como un pastor que recorre un valle con sus ovejas en busca de un prado verde o un arroyo fresco; como un cantante que intenta construir con la música los muros de la Ciudad de Dios; o como un amante para cuyo amor el mundo entero era demasiado pequeño. Sus milagros me parecen tan exquisitos como la llegada de la primavera y tan naturales. No veo ninguna dificultad en creer que el encanto de su personalidad era tal que su mera presencia podía traer la paz a las almas angustiadas, y que aquellos que tocaban sus vestidos o sus manos olvidaban su dolor; o que al pasar por la carretera de la vida personas que no habían visto nada del misterio de la vida, lo veían con claridad, y otros que habían sido sordos a toda voz que no fuera la del placer oían por primera vez la voz del amor y la encontraban tan "musical como el laúd de Apolo"; o que las malas pasiones huían al acercarse a él, y los hombres cuya vida aburrida y sin imaginación no había sido más que un modo de morir se levantaban como de la tumba cuando él los llamaba; o que cuando enseñaba en la ladera de la colina, la multitud olvidaba su hambre y su sed y las preocupaciones de este mundo, y que para sus amigos que lo escuchaban mientras estaba sentado a la mesa, la comida gruesa parecía delicada, y el agua tenía el sabor del buen vino, y toda la casa se llenaba del olor y la dulzura del nardo.

Renan en su VIE DE JESUS -ese gracioso quinto evangelio, el evangelio según Santo Tomás, podríamos llamarlo- dice en alguna parte que el gran logro de Cristo fue que se hizo amar tanto después de su muerte como lo había sido durante su vida. Y ciertamente, si su lugar está entre los poetas, es el líder de todos los amantes. Vio que el amor era el primer secreto del mundo que buscaban los sabios, y que sólo a través del amor se podía llegar al corazón del leproso o a los pies de Dios.

Y sobre todo, Cristo es el más supremo de los individualistas. La humildad, como la artística, la aceptación de todas las experiencias, no es más que un modo de manifestación. Es el alma del hombre lo que Cristo busca siempre. Lo llama "Reino de Dios", y lo encuentra en cada uno. Lo compara con pequeñas cosas, con una pequeña semilla, con un puñado de levadura, con una perla. Esto se debe a que uno se da cuenta de su alma sólo al deshacerse de todas las pasiones ajenas, de toda la cultura adquirida y de todas las posesiones externas, ya sean buenas o malas.

Me enfrenté a todo con cierta obstinación de la voluntad y mucha rebeldía de la naturaleza, hasta que no me quedó absolutamente nada en el mundo más que una cosa. Había perdido mi nombre, mi posición, mi felicidad, mi libertad, mi riqueza. Era un prisionero y un mendigo. Pero aún me quedaban mis hijos. De repente, la ley me los arrebató. Fue un golpe tan terrible que no supe qué hacer, así que me arrojé de rodillas, incliné la cabeza y lloré, y dije: 'El cuerpo de un niño es como el cuerpo del Señor: No soy digno de ninguno de los dos'. Ese momento pareció salvarme. Vi entonces que lo único que podía hacer era aceptarlo todo. Desde entonces -por curioso que parezca- soy más feliz. Por supuesto, era mi alma en su esencia última la que había alcanzado. En muchos aspectos había sido su enemiga, pero la encontré esperándome como una amiga. Cuando uno entra en contacto con el alma, se vuelve sencillo como un niño, como Cristo dijo que debía ser.

Es trágico cómo pocas personas llegan a "poseer su alma" antes de morir. Nada es más raro en un hombre", dice Emerson, "que un acto propio". Es muy cierto. La mayoría de las personas son otras personas. Sus pensamientos son las opiniones de otros, sus vidas una imitación, sus pasiones una cita. Cristo no sólo fue el individualista supremo, sino que fue el primer individualista de la historia. La gente ha tratado de hacer de él un filántropo ordinario, o lo ha clasificado como altruista con los científicos y los sentimentales. Pero en realidad no era ni lo uno ni lo otro. Se compadece, por supuesto, de los pobres, de los encerrados en las cárceles, de los humildes, de los desdichados; pero se compadece mucho más de los ricos, de los hedonistas empedernidos, de los que malgastan su libertad convirtiéndose en esclavos de las cosas, de los que visten ropas suaves y viven en casas de reyes. La riqueza y el placer le parecen realmente mayores tragedias que la

pobreza o el dolor. Y en cuanto al altruismo, ¿quién sabía mejor que él que es la vocación y no la voluntad lo que nos determina, y que no se pueden recoger uvas de las espinas ni higos de los cardos?

Vivir para los demás como un objetivo definido y consciente de sí mismo no era su credo. No era la base de su credo. Cuando dice: "Perdona a tus enemigos", no lo dice por el bien del enemigo, sino por el bien de uno mismo, y porque el amor es más hermoso que el odio. En su propia súplica al joven: "Vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres", no piensa en el estado de los pobres, sino en el alma del joven, el alma que la riqueza estaba estropeando. En su visión de la vida es uno con el artista que sabe que, por la inevitable ley de la autoperfección, el poeta debe cantar, y el escultor pensar en bronce, y el pintor hacer del mundo un espejo para sus estados de ánimo, tan segura y ciertamente como el espino debe florecer en primavera, y el maíz convertirse en oro en la época de la cosecha, y la luna en su ordenado deambular cambiar de escudo a hoz, y de hoz a escudo.

Pero aunque Cristo no dijo a los hombres: "Vive para los demás", señaló que no había diferencia alguna entre la vida de los demás y la propia. Con ello dio al hombre una personalidad ampliada, una personalidad de Titán. Desde su llegada, la historia de cada individuo por separado es, o puede ser, la historia del mundo. Por supuesto, la cultura ha intensificado la personalidad del hombre. El arte nos ha convertido en una mente múltiple. Los que tienen el temperamento artístico se exilian con Dante y aprenden lo salado que es el pan de los demás, y lo empinada que es su escalera; captan por un momento la serenidad y la calma de Goethe, y sin embargo saben demasiado bien que Baudelaire gritó a Dios

"Ô Seigneur, donnez-moi la force et le courage

De contempler mon corps et mon cœur sans dégoût". De los sonetos de Shakespeare extraen, para su propio daño, el secreto de su amor y lo hacen suyo; miran con ojos nuevos la vida moderna, porque han escuchado uno de los nocturnos de Chopin, o manejan cosas griegas, o leen la historia de la pasión de algún hombre muerto por alguna mujer muerta cuyo cabello era como hilos de oro fino, y cuya boca era como una granada. Pero la simpatía del temperamento artístico es necesariamente con lo que ha encontrado ex-

presión. En las palabras o en los colores, en la música o en el mármol, detrás de las máscaras pintadas de una obra de teatro de Esquilo, o a través de las cañas perforadas y articuladas de unos pastores sicilianos, el hombre y su mensaje deben haberse revelado.

Para el artista, la expresión es el único modo en el que puede concebir la vida. Para él, lo que es mudo está muerto. Pero para Cristo no fue así. Con una amplitud y una maravilla de la imaginación que lo llenan a uno casi de asombro, tomó todo el mundo de los inarticulados, el mundo sin voz del dolor, como su reino, e hizo de sí mismo su eterno portavoz. A aquellos de los que he hablado, que están mudos bajo la opresión, y 'cuyo silencio sólo se escucha de Dios', los eligió como sus hermanos. Buscó ser ojos para los ciegos, oídos para los sordos, y un grito en los labios de aquellos cuya lengua había sido atada. Su deseo era ser para las miríadas que no habían encontrado expresión una trompeta misma por la que pudieran llamar al cielo. Y sintiendo, con la naturaleza artística de alguien para quien el sufrimiento y el dolor eran modos a través de los cuales podía realizar su concepción de lo bello, que una idea no tiene valor hasta que se encarna y se convierte en una imagen, hizo de sí mismo la imagen del Hombre de los Dolores, y como tal ha fascinado y dominado el arte como ningún dios griego logró hacerlo.

Porque los dioses griegos, a pesar del blanco y el rojo de sus hermosos y veloces miembros, no eran realmente lo que parecían. La frente curvada de Apolo era como el disco creciente del sol sobre una colina al amanecer, y sus pies eran como las alas de la mañana, pero él mismo había sido cruel con Marsias y había dejado sin hijos a Niobe. En los escudos de acero de los ojos de Atenea no había habido piedad para Aracne; la pompa y los pavos reales de Hera eran todo lo realmente noble en ella; y el propio Padre de los Dioses había sido demasiado aficionado a las hijas de los hombres. Las dos figuras más sugestivas de la mitología griega eran, para la religión, Deméter, una diosa de la tierra, no una de los olímpicos, y para el arte, Dionisio, el hijo de una mujer mortal a quien el momento de su nacimiento había resultado también el momento de su muerte.

Pero la vida misma, desde su esfera más baja y humilde, produjo uno mucho más maravilloso que la madre de Proserpina o el hijo de Semele. Del taller del carpintero de Nazaret había surgido una personalidad infinitamen-

te más grande que cualquiera de las creadas por el mito y la leyenda, y una, extrañamente, destinada a revelar al mundo el significado místico del vino y las verdaderas bellezas de los lirios del campo como nunca lo había hecho ninguna, ni en Citerón ni en Enna.

El canto de Isaías: "Despreciado y desechado por los hombres, varón de dolores y experimentado en el sufrimiento, y nosotros escondimos de él nuestros rostros", le pareció que se prefiguraba a sí mismo, y en él se cumplió la profecía. No debemos tener miedo de esta frase. Cada obra de arte es el cumplimiento de una profecía: porque cada obra de arte es la conversión de una idea en una imagen. Cada ser humano debería ser el cumplimiento de una profecía: porque cada ser humano debería ser la realización de algún ideal, ya sea en la mente de Dios o en la mente del hombre. Cristo encontró el tipo y lo fijó, y el sueño de un poeta virgiliano, ya sea en Jerusalén o en Babilonia, se encarnó en el largo progreso de los siglos en aquel a quien el mundo esperaba.

Para mí, una de las cosas más lamentables de la historia es que el propio renacimiento de Cristo, que ha producido la catedral de Chartres, el ciclo de leyendas artúricas, la vida de San Francisco de Asís, el arte de la Iglesia. Francisco de Asís, el arte de Giotto, y la COMEDIA DIVINA de Dante, no se le permitió desarrollarse en sus propias líneas, sino que fue interrumpido y estropeado por el lúgubre Renacimiento clásico que nos dio a Petrarca, y a los frescos de Rafael, y a la arquitectura palladiana, y a la tragedia francesa formal, y a la Catedral de San Pablo, y a la poesía de Pope, y a todo lo que está hecho desde fuera y por reglas muertas, y no surge desde dentro a través de algún espíritu que lo informa. Pero dondequiera que haya un movimiento romántico en el arte, de alguna manera, y bajo alguna forma, está Cristo, o el alma de Cristo. Está en ROMEO Y JULIET, en el CUENTO DE INVIERNO, en la poesía provenzal, en el ANCIANO MARINERO, en LA BELLE DAME SANS MERCI, y en la BALADA DE LA CARIDAD de Chatterton.

Le debemos las cosas y las personas más diversas. LES MISERABLES de Hugo, FLEURS DU MAL de Baudelaire, la nota de piedad en las novelas rusas, Verlaine y los poemas de Verlaine, las vidrieras y tapices y la obra del quattro-cento de Burne-Jones y Morris, le pertenecen no menos que la

torre de Giotto, Lancelot y Ginebra, Tannhauser, los atribulados mármoles románticos de Miguel Ángel, la arquitectura puntiaguda, y el amor por los niños y las flores, para los cuales, en efecto, en el arte clásico había poco lugar, apenas suficiente para que crecieran o jugaran, pero que, desde el siglo XII hasta nuestros días, han hecho continuamente su aparición en el arte, bajo diversos modos y en diversas épocas, llegando de forma caprichosa y voluntaria, como los niños, como las flores, suelen hacer: La primavera siempre le parece a uno como si las flores hubieran estado escondidas y sólo hubieran salido al sol porque temían que los adultos se cansaran de buscarlas y abandonar la búsqueda; y la vida de un niño no es más que un día de abril en el que hay tanto lluvia como sol para los narcisos.

Es la cualidad imaginativa de la propia naturaleza de Cristo la que lo convierte en este centro palpitante de romance. Las extrañas figuras del drama poético y de la balada son creadas por la imaginación de otros, pero Jesús de Nazaret se creó a sí mismo por completo a partir de su propia imaginación. El grito de Isaías no tuvo realmente más que ver con su venida que el canto del ruiseñor con la salida de la luna; no más, aunque quizás tampoco menos. Él fue la negación y la afirmación de la profecía. Por cada expectativa que cumplía había otra que destruía. En toda belleza", dice Bacon, "hay algo de extrañeza en las proporciones", y de aquellos que han nacido del espíritu -es decir, que como él son fuerzas dinámicas- Cristo dice que son como el viento que "sopla donde quiere, y nadie puede decir de dónde viene y adónde va". Por eso es tan fascinante para los artistas. Tiene todos los elementos de color de la vida: misterio, extrañeza, patetismo, sugestión, éxtasis, amor. Apela al temperamento de la maravilla y crea ese estado de ánimo en el que sólo se le puede entender.

Y para mí es una alegría recordar que si él es "de imaginación todo compacto", el mundo mismo es de la misma sustancia. Dije en DORIAN GRAY que los grandes pecados del mundo tienen lugar en el cerebro: pero es en el cerebro donde todo tiene lugar. Ahora sabemos que no vemos con los ojos ni oímos con los oídos. Son realmente canales para la transmisión, adecuada o inadecuada, de las impresiones de los sentidos. Es en el cerebro donde la amapola es roja, donde la manzana es olorosa, donde la alondra canta.

Últimamente he estado estudiando con diligencia los cuatro poemas en prosa sobre Cristo. En Navidad logré hacerme con un Testamento Griego, y cada mañana, después de limpiar mi celda y pulir mis latas, leo un poco de los Evangelios, una docena de versos tomados por casualidad en cualquier lugar. Es una forma deliciosa de abrir el día. Todo el mundo, incluso en una vida turbulenta y poco disciplinada, debería hacer lo mismo. La repetición interminable, dentro y fuera de temporada, nos ha estropeado la frescura, la ingenuidad, el sencillo encanto romántico de los Evangelios. Los oímos leer demasiado a menudo y demasiado mal, y toda repetición es antiespiritual. Cuando uno vuelve al griego, es como entrar en un jardín de lirios de alguna casa estrecha y oscura.

Y para mí, el placer se duplica por la reflexión de que es extremadamente probable que tengamos los términos reales, el IPSISSIMA VERBA, utilizado por Cristo. Siempre se supuso que Cristo hablaba en arameo. Incluso Renan lo pensaba. Pero ahora sabemos que los campesinos galileos, al igual que los campesinos irlandeses de nuestros días, eran bilingües, y que el griego era la lengua ordinaria de las relaciones en toda Palestina, al igual que en todo el mundo oriental. Nunca me gustó la idea de que conociéramos las palabras de Cristo sólo a través de la traducción de una traducción. Me complace pensar que, en lo que respecta a su conversación, Cármenes pudo haberle escuchado, y Sócrates razonó con él, y Platón le entendió: que realmente dijo [texto griego que no puede ser reproducido], que cuando pensó en los lirios del campo y en cómo no trabajan ni hilan, su expresión absoluta fue [texto griego que no puede ser reproducido], y que su última palabra, cuando gritó "mi vida se ha completado, ha llegado a su plenitud, se ha perfeccionado", fue exactamente como San Juan nos dice que fue: [texto griego que no puede ser reproducido] - no más.

Mientras que al leer los Evangelios -en particular el del propio San Juan, o cualquier otro gnóstico primitivo que tomara su nombre y su manto- veo la continua afirmación de la imaginación como base de toda vida espiritual y material, veo también que para Cristo la imaginación era simplemente una forma de amor, y que para él el amor era el señor en el sentido más completo de la frase. Hace unas seis semanas, el médico me permitió comer pan blanco en lugar del tosco pan negro o marrón de la comida ordinaria de la prisión. Es una gran delicia. Sonará extraño que el pan seco pueda ser un

manjar para alguien. Para mí lo es tanto que, al final de cada comida, me como con cuidado las migas que puedan quedar en mi plato de hojalata, o que hayan caído en la toalla áspera que uno utiliza como paño para no ensuciar la mesa; y no lo hago por hambre -ahora tengo comida suficiente-, sino simplemente para que no se desperdicie nada de lo que se me da. Así hay que ver el amor.

Cristo, como todas las personalidades fascinantes, tenía el poder no sólo de decir cosas bonitas, sino de hacer que los demás le dijeran cosas bonitas; y me encanta la historia que nos cuenta San Marcos sobre la mujer griega, que, cuando como prueba de su fe le dijo que no podía darle el pan de los hijos de Israel, le contestó que los perritos - ([texto griego que no puede ser reproducido], 'perritos' debería ser traducido) - que están debajo de la mesa comen de las migajas que los niños dejan caer. La mayoría de la gente vive por amor y admiración. Pero es por amor y admiración que debemos vivir. Si se nos muestra algún amor, debemos reconocer que somos bastante indignos de él. Nadie es digno de ser amado. El hecho de que Dios ame al hombre nos muestra que en el orden divino de las cosas ideales está escrito que el amor eterno debe darse a lo que es eternamente indigno. O si esa frase parece amarga de soportar, digamos que todo el mundo es digno de ser amado, excepto aquel que cree que lo es. El amor es un sacramento que debe tomarse de rodillas, y *DOMINE, NON SUM DIGNUS* debe estar en los labios y en el corazón de quienes lo reciben.

Si alguna vez vuelvo a escribir, en el sentido de producir una obra artística, sólo hay dos temas sobre los cuales y a través de los cuales deseo expresarme: uno es 'Cristo como precursor del movimiento romántico en la vida': el otro es 'La vida artística considerada en su relación con la conducta'. La primera es, por supuesto, intensamente fascinante, porque veo en Cristo no sólo lo esencial del tipo romántico supremo, sino también todos los accidentes, las voluntades incluso, del temperamento romántico. Él fue la primera persona que dijo a la gente que debería vivir "vidas como flores". Él fijó la frase. Tomó a los niños como el tipo de lo que la gente debería intentar ser. Los puso como ejemplo para sus mayores, lo que yo mismo siempre he pensado que es el principal uso de los niños, si es que lo que es perfecto debe tener un uso. Dante describe el alma de un hombre como saliendo de la mano de Dios "llorando y riendo como un niño pequeño", y Cristo tam-

bién vio que el alma de cada uno debía ser A GUISA DI FANCIULLA CHE PIANGENDO E RIDENDO PARGOLEGGIA. Consideraba que la vida era cambiante, fluida, activa, y que dejarla estereotipada en cualquier forma era la muerte. Veía que la gente no debía ser demasiado seria en cuanto a los intereses materiales y comunes: que ser poco práctico era ser una gran cosa: que no había que preocuparse demasiado por los asuntos. Los pájaros no lo hacían, ¿por qué debería hacerlo el hombre? Es encantador cuando dice: "No penséis en el día de mañana; ¿no es el alma más que la carne? ¿no es el cuerpo más que el vestido? Un griego podría haber utilizado esta última frase. Está llena de sentimiento griego. Pero sólo Cristo podría haber dicho ambas cosas, y así resumir la vida perfectamente para nosotros.

Su moral es todo simpatía, justo lo que la moral debe ser. Si lo único que hubiera dicho fuera: "Sus pecados le son perdonados porque amó mucho", habría valido la pena morir por haberlo dicho. Su justicia es toda una justicia poética, exactamente lo que debe ser la justicia. El mendigo va al cielo porque ha sido infeliz. No puedo concebir una razón mejor para que sea enviado allí. Las personas que trabajan durante una hora en la viña en el frescor de la tarde reciben tanta recompensa como las que han trabajado allí todo el día bajo el sol ardiente. ¿Por qué no habrían de hacerlo? Probablemente nadie merecía nada. O tal vez eran una clase diferente de personas. Cristo no tenía paciencia con los aburridos sistemas mecánicos sin vida que tratan a las personas como si fueran cosas, y así tratan a todo el mundo por igual: para él no había leyes: sólo había excepciones, como si cualquier persona, o cualquier cosa, para el caso, fuera como cualquier otra cosa en el mundo.

Lo que es la nota clave del arte romántico era para él la base adecuada de la vida natural. No veía ninguna otra base. Y cuando le trajeron a una, tomada en el acto mismo de pecar, y le mostraron su sentencia escrita en la ley, y le preguntaron qué había que hacer, escribió con el dedo en el suelo como si no les oyera, y finalmente, cuando le presionaron de nuevo, levantó la vista y dijo: "Que aquel de vosotros que nunca haya pecado sea el primero en tirarle la piedra". Valía la pena vivir por haber dicho eso.

Como todas las naturalezas poéticas, amaba a los ignorantes. Sabía que en el alma de un ignorante siempre hay lugar para una gran idea. Pero no soportaba a los estúpidos, sobre todo a los que la educación ha vuelto estúpidos: personas llenas de opiniones de las que ni siquiera entienden una, un tipo peculiarmente moderno, resumido por Cristo cuando lo describe como el tipo de quien tiene la llave del conocimiento, no puede usarla él mismo y no permite que otras personas la usen, aunque se haga para abrir la puerta del Reino de Dios. Su principal guerra fue contra los filisteos. Esa es la guerra que todo hijo de la luz tiene que librar. El filisteísmo era la nota de la época y de la comunidad en que vivía. En su pesada inaccesibilidad a las ideas, su aburrida respetabilidad, su tediosa ortodoxia, su culto al éxito vulgar, su entera preocupación por el burdo lado materialista de la vida, y su ridícula estimación de sí mismos y de su importancia, los judíos de Jerusalén en los días de Cristo eran la exacta contrapartida del filisteo británico de los nuestros. Cristo se burló del "sepulcro blanqueado" de la respetabilidad, y fijó esa frase para siempre. Trató el éxito mundano como algo absolutamente despreciable. No veía nada en él. Consideraba la riqueza como un estorbo para el hombre. No quería oír que se sacrificara la vida a ningún sistema de pensamiento o moral. Señalaba que las formas y las ceremonias estaban hechas para el hombre, no el hombre para las formas y las ceremonias. Tomó el sabatismo como un tipo de las cosas que deberían ser desechadas. Las filantropías frías, las caridades públicas ostentosas, los formalismos tediosos tan queridos por la mente de la clase media, los expuso con un desprecio total e implacable. Para nosotros, lo que se denomina ortodoxia no es más que una fácil aquiescencia poco inteligente; pero para ellos, y en sus manos, era una terrible y paralizante tiranía. Cristo la hizo a un lado. Mostró que sólo el espíritu tenía valor. Se complacía en señalarles que, aunque siempre estaban leyendo la ley y los profetas, no tenían la menor idea de lo que significaban. En oposición a su diezmo de cada día separado en la rutina fija de los deberes prescritos, como diezman la menta y la ruda, predicó la enorme importancia de vivir completamente para el momento.

Aquellos a los que salvó de sus pecados son salvados simplemente por bellos momentos de sus vidas. María Magdalena, cuando ve a Cristo, rompe el rico jarrón de alabastro que uno de sus siete amantes le había regalado, y derrama las especias olorosas sobre sus pies cansados y polvorientos, y por

ese único momento se sienta para siempre con Ruth y Beatriz en los mechones de la rosa blanca como la nieve del Paraíso. Todo lo que Cristo nos dice a modo de pequeña advertencia es que cada momento debe ser hermoso, que el alma debe estar siempre preparada para la llegada del novio, siempre esperando la voz del amante, siendo el filisteísmo simplemente ese lado de la naturaleza del hombre que no está iluminado por la imaginación. Él ve todas las influencias encantadoras de la vida como modos de luz: la imaginación misma es el mundo de la luz. El mundo está hecho por ella y, sin embargo, el mundo no puede entenderla: eso es porque la imaginación es simplemente una manifestación del amor, y es el amor y la capacidad para ello lo que distingue a un ser humano de otro.

Pero es cuando trata con un pecador cuando Cristo es más romántico, en el sentido de más real. El mundo siempre ha amado al santo como el más cercano a la perfección de Dios. Cristo, por algún instinto divino en él, parece haber amado siempre al pecador como el más cercano posible a la perfección del hombre. Su principal deseo no era reformar a la gente, como tampoco lo era aliviar el sufrimiento. Convertir a un interesante ladrón en un tedioso hombre honesto no era su objetivo. Habría pensado poco en la Sociedad de Ayuda a los Prisioneros y en otros movimientos modernos de este tipo. La conversión de un publicano en un fariseo no le habría parecido un gran logro. Pero de una manera que el mundo aún no entendía, consideraba que el pecado y el sufrimiento eran en sí mismos cosas hermosas y santas y modos de perfección.

Parece una idea muy peligrosa. Lo es, todas las grandes ideas son peligrosas. Que era el credo de Cristo no admite dudas. Que es el verdadero credo no lo dudo.

Por supuesto que el pecador debe arrepentirse. ¿Pero por qué? Sencillamente porque, de lo contrario, sería incapaz de darse cuenta de lo que ha hecho. El momento del arrepentimiento es el momento de la iniciación. Más que eso: es el medio por el cual uno altera su pasado. Los griegos pensaban que eso era imposible. Suelen decir en sus aforismos gnómicos: "Ni siquiera los dioses pueden alterar el pasado". Cristo demostró que el pecador más común podía hacerlo, que era lo único que podía hacer. Si se le hubiera preguntado, Cristo habría dicho -estoy bastante seguro de ello- que en el mo-

mento en que el hijo pródigo cayó de rodillas y lloró, hizo que el haber malgastado su sustancia con ramerías, el pastoreo de cerdos y el hambre por las cáscaras que comían, fueran momentos hermosos y santos en su vida. Es difícil para la mayoría de la gente comprender la idea. Me atrevo a decir que hay que ir a la cárcel para entenderlo. Si es así, puede valer la pena ir a la cárcel.

Hay algo tan único en Cristo. Por supuesto, al igual que hay falsos amaneceres antes del propio amanecer, y días de invierno tan llenos de luz solar repentina que engañarán al sabio azafrán para que derroche su oro antes de tiempo, y harán que algún pájaro insensato llame a su pareja para que construya en ramas estériles, así había cristianos antes de Cristo. Por eso debemos estar agradecidos. Lo lamentable es que no ha habido ninguno desde entonces. Hago una excepción, San Francisco de Asís. Pero entonces Dios le había dado al nacer el alma de un poeta, ya que él mismo, cuando era muy joven, había tomado la pobreza como esposa en un matrimonio místico: y con el alma de un poeta y el cuerpo de un mendigo no encontró el camino de la perfección difícil. Comprendió a Cristo, y así se hizo como él. No hace falta el Liber Conformitatum para enseñarnos que la vida de San Francisco fue la verdadera IMITATIO CHRISTI, un poema comparado con el que el libro de ese nombre es mera prosa.

En efecto, ese es el encanto de Cristo, cuando todo está dicho: es como una obra de arte. En realidad no enseña nada, pero al ser llevado a su presencia uno se convierte en algo. Y todo el mundo está predestinado a su presencia. Por lo menos una vez en su vida cada uno camina con Cristo hacia Emaús.

En cuanto al otro tema, la relación de la vida artística con la conducta, sin duda les parecerá extraño que lo seleccione. La gente señala la cárcel de Reading y dice: "Ahí es donde la vida artística lleva al hombre". Bueno, puede llevar a lugares peores. Las personas más mecánicas, para las que la vida es una especulación astuta que depende de un cuidadoso cálculo de caminos y medios, siempre saben a dónde van, y van allí. Empiezan con el deseo ideal de ser el cunero de la parroquia, y en cualquier esfera que se les coloque consiguen ser el cunero de la parroquia y nada más. Un hombre cuyo deseo es ser algo distinto de sí mismo, ser un miembro del Parlamen-

to, o un tendero de éxito, o un abogado prominente, o un juez, o algo igualmente tedioso, invariablemente consigue ser lo que quiere ser. Ese es su castigo. Los que quieren una máscara tienen que llevarla.

Pero con las fuerzas dinámicas de la vida, y con aquellos en quienes esas fuerzas dinámicas se encarnan, es diferente. Las personas cuyo deseo es únicamente la autorrealización nunca saben a dónde van. No pueden saberlo. En un sentido de la palabra es necesario, por supuesto, como decía el oráculo griego, conocerse a sí mismo: ese es el primer logro del conocimiento. Pero reconocer que el alma del hombre es incognoscible, es el último logro de la sabiduría. El último misterio es uno mismo. Cuando se ha pesado el sol en la balanza, y se han medido los pasos de la luna, y se han trazado los siete cielos estrella por estrella, todavía queda uno mismo. ¿Quién puede calcular la órbita de su propia alma? Cuando el hijo salió a buscar los asnos de su padre, no sabía que le esperaba un hombre de Dios con el mismo crisma de la coronación, y que su propia alma era ya el alma de un rey.

Espero vivir lo suficiente y producir una obra de tal carácter que pueda decir al final de mis días: "¡Sí! ¡Aquí es justo donde la vida artística lleva a un hombre!". Dos de las vidas más perfectas que he encontrado en mi propia experiencia son la de Verlaine y la del príncipe Kropotkin: ambos hombres que han pasado años en prisión: el primero, el único poeta cristiano desde Dante; el otro, un hombre con un alma de ese hermoso Cristo blanco que parece salir de Rusia. Y durante los últimos siete u ocho meses, a pesar de la sucesión de grandes problemas que me llegan desde el mundo exterior casi sin interrupción, me he puesto en contacto directo con un nuevo espíritu que actúa en esta prisión a través del hombre y de las cosas, que me ha ayudado más allá de cualquier posibilidad de expresión en palabras: de modo que mientras durante el primer año de mi encarcelamiento no hice otra cosa, y no puedo recordar haber hecho otra cosa, que retorcerme las manos con impotente desesperación, y decir: "¡Qué final, qué espantoso final! Ahora trato de decirme a mí mismo, y a veces, cuando no me estoy torturando, digo real y sinceramente: "¡Qué comienzo, qué maravilloso comienzo! Puede ser realmente así. Puede llegar a serlo. Si es así, le deberé mucho a esta nueva personalidad que ha alterado la vida de todos los hombres en este lugar.

Puede que te des cuenta cuando digo que si me hubieran liberado el pasado mes de mayo, como intenté, habría salido de este lugar aborreciéndolo y aborreciendo a todos sus funcionarios con una amargura de odio que habría envenenado mi vida. He tenido un año más de prisión, pero la humanidad ha estado en la cárcel junto con todos nosotros, y ahora cuando salga recordaré siempre las grandes bondades que he recibido aquí de casi todos, y el día de mi liberación daré muchas gracias a muchas personas, y pediré que me recuerden a su vez.

El estilo de la prisión es absoluta y totalmente erróneo. Daría cualquier cosa por poder modificarlo cuando salga. Tengo la intención de intentarlo. Pero no hay nada en el mundo que esté tan mal, sino que el espíritu de la humanidad, que es el espíritu del amor, el espíritu del Cristo que no está en las iglesias, haga que sea, si no correcto, al menos posible de soportar sin demasiada amargura de corazón.

Sé también que fuera me esperan muchas cosas deliciosas, desde lo que San Francisco de Asís llama "mi hermano el viento y mi hermana la lluvia", cosas encantadoras ambas, hasta los escaparates y las puestas de sol de las grandes ciudades. Si hiciera una lista de todo lo que aún me queda, no sé dónde me detendría: porque, en efecto, Dios hizo el mundo tanto para mí como para cualquier otra persona. Tal vez me vaya con algo que no tenía antes. No necesito decirles que para mí las reformas en la moral son tan insignificantes y vulgares como las reformas en la teología. Pero mientras que proponerse ser un hombre mejor es una pieza de cantinela no científica, haberse convertido en un hombre más profundo es el privilegio de los que han sufrido. Y así creo que me he convertido.

Si después de ser libre un amigo mío diera una fiesta y no me invitara a ella, no me importaría en absoluto. Puedo ser perfectamente feliz por mí mismo. Con la libertad, las flores, los libros y la luna, ¿quién no podría ser perfectamente feliz? Además, las fiestas ya no son para mí. He dado demasiadas como para preocuparme por ellas. Ese lado de la vida se ha acabado para mí, muy afortunadamente, me atrevo a decir. Pero si después de ser libre un amigo mío tuviera una pena y se negara a permitirme compartirla, lo sentiría con mucha amargura. Si me cerrara las puertas de la casa del luto,

volvería una y otra vez y rogaría que me admitiera, para poder participar en lo que tengo derecho a participar. Si me consideraba indigno, incapaz de llorar con él, lo sentiría como la más conmovedora humillación, como el modo más terrible en que se me podía infligir la desgracia. Pero eso no podía ser. Tengo derecho a compartir el dolor, y quien puede mirar la belleza del mundo y compartir su dolor, y darse cuenta de algo de la maravilla de ambos, está en contacto inmediato con las cosas divinas, y se ha acercado al secreto de Dios como nadie puede hacerlo.

Tal vez pueda llegar a mi arte, al igual que a mi vida, una nota aún más profunda, una mayor unidad de pasión y un impulso directo. El verdadero objetivo del arte moderno no es la amplitud, sino la intensidad. En el arte ya no nos preocupa el tipo. Es con la excepción que tenemos que hacer. No puedo poner mis sufrimientos en cualquier forma que hayan tomado, no necesito decirlo. El arte sólo comienza donde termina la imitación, pero algo debe entrar en mi obra, de memoria más completa de palabras quizás, de cadencias más ricas, de efectos más curiosos, de orden arquitectónico más simple, de alguna calidad estética en todo caso.

Cuando Marsyas fue "arrancado de la vaina de sus miembros" - DELLA VAGINA DELLA MEMBRE SUE, para usar una de las más terribles frases tacitas de Dante - ya no tenía canto, decía el griego. Apolo había salido vencedor. La lira había vencido a la caña. Pero quizás los griegos se equivocaron. Oigo en gran parte del arte moderno el grito de Marsyas. Es amargo en Baudelaire, dulce y lastimero en Lamartine, místico en Verlaine. Está en las resoluciones diferidas de la música de Chopin. Está en el descontento que persigue a las mujeres de Burne-Jones. Incluso Matthew Arnold, cuya canción de Callicles cuenta "el triunfo de la dulce lira persuasiva" y la "famosa victoria final" en una nota tan clara de belleza lírica, tiene no poco de ello; en el trasfondo turbulento de la duda y la angustia que persigue a sus versos, ni Goethe ni Wordsworth pudieron ayudarlo, aunque siguió a cada uno de ellos por turno, y cuando busca llorar por THYRSIS o cantar a la GIP-SIA ESCOLAR, es la caña que tiene que tomar para la interpretación de su cepa. Pero si el Fauno Frigio estaba o no callado, yo no puedo estarlo. La expresión es tan necesaria para mí como las hojas y las flores para las ramas negras de los árboles que se asoman por encima de los muros de la prisión y son tan inquietas en el viento. Entre mi arte y el mundo hay ahora un gran

abismo, pero entre el arte y yo no hay ninguno. Al menos espero que no lo haya.

A cada uno de nosotros nos toca un destino diferente. A mí me ha tocado la infamia pública, el largo encarcelamiento, la miseria, la ruina, la desgracia, pero no soy digno de ello, al menos todavía. Recuerdo que solía decir que creía que podía soportar una verdadera tragedia si se me presentaba con un manto púrpura y una máscara de noble dolor, pero que lo terrible de la modernidad era que ponía a la tragedia en el ropaje de la comedia, de modo que las grandes realidades parecían comunes o grotescas o carentes de estilo. Esto es muy cierto sobre la modernidad. Probablemente siempre ha sido cierto sobre la vida real. Se dice que todos los martirios parecían mezquinos al que los miraba. El siglo XIX no es una excepción a la regla.

Todo en mi tragedia ha sido horrendo, mezquino, repelente, carente de estilo; nuestra misma vestimenta nos hace grotescos. Somos los zanganos del dolor. Somos payasos con el corazón roto. Estamos especialmente diseñados para apelar al sentido del humor. El 13 de noviembre de 1895, me trajeron aquí desde Londres. Desde las dos hasta las dos y media de ese día tuve que estar en el andén central de Clapham Junction, vestido de presidiario y esposado, para que el mundo me viera. Me habían sacado de la sala del hospital sin avisarme ni un momento. De todos los objetos posibles yo era el más grotesco. Cuando la gente me veía se reía. Cada tren que subía engrosaba la audiencia. Nada podía superar su diversión. Eso era, por supuesto, antes de que supieran quién era yo. En cuanto se enteraron, se rieron aún más. Durante media hora permanecí allí, bajo la lluvia gris de noviembre, rodeado de una muchedumbre burlona.

Durante un año, después de que me hicieran eso, lloré todos los días a la misma hora y durante el mismo espacio de tiempo. Eso no es algo tan trágico como posiblemente le parezca a usted. Para los que están en la cárcel, las lágrimas forman parte de la experiencia de cada día. Un día en la cárcel en el que no se llora es un día en el que el corazón es duro, no un día en el que el corazón es feliz.

Pues bien, ahora empiezo a sentir más pena por la gente que se ha reído que por mí mismo. Claro que cuando me vieron no estaba en mi pedestal,

estaba en la picota. Pero es una naturaleza muy poco imaginativa la que sólo se preocupa por las personas en sus pedestales. Un pedestal puede ser algo muy irreal. Una picota es una realidad terrible. También deberían haber sabido interpretar mejor el dolor. He dicho que detrás del dolor siempre hay dolor. Sería más sabio decir que detrás de la pena siempre hay un alma. Y burlarse de un alma en pena es algo espantoso. En la economía extrañamente simple del mundo, la gente sólo recibe lo que da, y a los que no tienen suficiente imaginación para penetrar en la mera exterioridad de las cosas, y sentir piedad, ¿qué piedad se les puede dar sino la del desprecio?

Escribo este relato sobre el modo en que fui trasladado aquí simplemente para que se comprenda lo difícil que ha sido para mí obtener algo de mi castigo que no sea amargura y desesperación. Sin embargo, tengo que hacerlo, y de vez en cuando tengo momentos de sumisión y aceptación. Toda la primavera puede estar escondida en un solo brote, y el nido de tierra baja de la alondra puede contener la alegría que ha de anunciar los pies de muchos amaneceres rojos como una rosa. Así que tal vez la belleza de la vida que aún me queda está contenida en algún momento de rendición, abajamiento y humillación. Puedo, en todo caso, proceder simplemente en las líneas de mi propio desarrollo, y, aceptando todo lo que me ha sucedido, hacerme digno de ello.

La gente solía decir de mí que era demasiado individualista. Debo ser mucho más individualista de lo que nunca fui. Debo obtener mucho más de mí mismo de lo que nunca obtuve, y pedir al mundo mucho menos de lo que nunca pedí. De hecho, mi ruina no se debió a un exceso de individualismo en la vida, sino a un defecto. La única acción vergonzosa, imperdonable y hasta ahora despreciable de mi vida fue permitirme apelar a la sociedad en busca de ayuda y protección. Haber hecho tal llamamiento habría sido desde el punto de vista individualista bastante malo, pero ¿qué excusa puede presentarse para haberlo hecho? Por supuesto, una vez que puse en marcha las fuerzas de la sociedad, ésta se volvió contra mí y me dijo: "¿Has estado viviendo todo este tiempo desafiando mis leyes y ahora apelas a ellas para que te protejan? Tendrás que ejercer esas leyes en su totalidad. Deberás cumplir con lo que has apelado". El resultado es que estoy en la cárcel. Ciertamente, ningún hombre ha caído tan innoblemente, y por instrumentos tan innobles, como yo.

El elemento filisteo en la vida no es la falta de comprensión del arte. Las personas encantadoras, como los pescadores, los pastores, los labradores, los campesinos y otros similares, no saben nada de arte, y son la sal misma de la tierra. Es el filisteo que sostiene y ayuda a las fuerzas pesadas, engorrosas, ciegas y mecánicas de la sociedad, y que no reconoce la fuerza dinámica cuando la encuentra en un hombre o en un movimiento.

La gente pensó que era terrible de mi parte haber entretenido en la cena las cosas malas de la vida, y haber encontrado placer en su compañía. Pero entonces, desde el punto de vista a través del cual yo, como artista de la vida, me acerco a ellas, eran deliciosamente sugestivas y estimulantes. El peligro era la mitad de la emoción. . . . Mi negocio como artista era con Ariel. Me propuse luchar con Calibán. . . .

Un gran amigo mío -un amigo de diez años- vino a verme hace algún tiempo, y me dijo que no creía ni una sola palabra de lo que se decía contra mí, y deseaba que supiera que me consideraba totalmente inocente, y víctima de un horrible complot. Rompí a llorar por lo que me dijo, y le dije que aunque había muchas cosas entre las acusaciones definitivas que eran totalmente falsas y que se me habían transferido por una malicia repugnante, aún así mi vida había estado llena de placeres perversos, y que a menos que aceptara eso como un hecho sobre mí y se diera cuenta de ello en su totalidad, no podría volver a ser amigo suyo, ni estar nunca en su compañía. Fue un choque terrible para él, pero somos amigos, y no he conseguido su amistad con falsos pretextos.

Las fuerzas emocionales, como digo en alguna parte de INTENCIONES, son tan limitadas en extensión y duración como las fuerzas de la energía física. La pequeña copa que está hecha para contener tanto, puede contener tanto y no más, aunque todas las cubas de púrpura de Borgoña estén llenas de vino hasta el borde, y los pisadores estén de pie hasta las rodillas en las uvas recogidas de los pedregosos viñedos de España. No hay error más común que el de pensar que quienes son las causas u ocasiones de las grandes tragedias participan de los sentimientos adecuados al ánimo trágico: no hay error más fatal que esperarlos de ellos. El mártir en su "camisa de fuego" puede estar mirando el rostro de Dios, pero para el que está apilando los

maderos o aflojando los troncos para la explosión toda la escena no es más que la matanza de un buey para el carnicero, o la tala de un árbol para el carbonero en el bosque, o la caída de una flor para el que está segando la hierba con una guadaña. Las grandes pasiones son para los grandes del alma, y los grandes acontecimientos sólo pueden ser vistos por aquellos que están a su altura.

* * * *

No conozco nada en todo el drama más incomparable desde el punto de vista del arte, nada más sugestivo en su sutileza de observación, que el dibujo de Shakespeare de Rosencrantz y Guildenstern. Son los amigos universitarios de Hamlet. Han sido sus compañeros. Traen consigo recuerdos de días agradables juntos. En el momento en que se encuentran con él en la obra, se tambalea bajo el peso de una carga intolerable para alguien de su temperamento. Los muertos han salido armados de la tumba para imponerle una misión a la vez demasiado grande y demasiado mezquina para él. Es un soñador y está llamado a actuar. Tiene la naturaleza del poeta, y se le pide que lidie con la complejidad común de la causa y el efecto, con la vida en su realización práctica, de la que no sabe nada, no con la vida en su esencia ideal, de la que sabe tanto. No tiene ninguna idea de lo que debe hacer, y su locura es fingir locura. Bruto usaba la locura como capa para ocultar la espada de su propósito, el puñal de su voluntad, pero la locura de Hamlet es una mera máscara para ocultar la debilidad. En la fabricación de fantasías y bromas ve una posibilidad de retraso. Sigue jugando con la acción como un artista juega con una teoría. Se convierte en el espía de sus propias acciones, y al escuchar sus propias palabras sabe que no son más que "palabras, palabras, palabras". En lugar de intentar ser el héroe de su propia historia, busca ser el espectador de su propia tragedia. Descree de todo, incluso de sí mismo, y sin embargo su duda no le ayuda, pues no proviene del escepticismo sino de una voluntad dividida.

De todo esto Guildenstern y Rosencrantz no se dan cuenta. Se inclinan y sonríen, y lo que uno dice, el otro lo repite con una entonación enfermiza. Cuando, por fin, por medio de la obra dentro de la obra, y de las marionetas en su devaneo, Hamlet "atrapa la conciencia" del Rey, y expulsa al desdichado de su trono aterrorizado, Guildenstern y Rosencrantz no ven en su

conducta más que una dolorosa infracción de la etiqueta de la Corte. Eso es lo más lejos que pueden llegar en "la contemplación del espectáculo de la vida con emociones apropiadas". Están cerca de su propio secreto y no saben nada de él. Tampoco serviría de nada decírselo. Son los pequeños vasos que pueden contener tanto y no más. Hacia el final se sugiere que, atrapados en un astuto resorte puesto para otro, se han encontrado, o pueden encontrarse, con una muerte violenta y repentina. Pero un final trágico de este tipo, aunque tocado por el humor de Hamlet con algo de la sorpresa y la justicia de la comedia, no es realmente para ellos. Ellos nunca mueren. Horacio, que para "informar correctamente a Hamlet y su causa a los insatisfechos,

"Lo aleja de la felicidad por un tiempo, y en este duro mundo respira con dolor".

pero Guildenstern y Rosencrantz son tan inmortales como Angelo y Tartufo, y deberían estar a su altura. Son lo que la vida moderna ha aportado al antiguo ideal de la amistad. Quien escriba un nuevo DE AMICITIA debe encontrar un hueco para ellos y alabarlos en prosa toscana. Son tipos fijados para siempre. Censurarlos mostraría 'una falta de aprecio'. Simplemente están fuera de su esfera: eso es todo. En la sublimidad del alma no hay contagio. Los pensamientos y las emociones elevadas están, por su propia existencia, aislados.

Si todo va bien, me liberarán hacia finales de mayo, y espero ir de inmediato a algún pueblecito costero del extranjero con R- y M-.

El mar, como dice Eurípides en una de sus obras sobre Ifigenia, lava las manchas y las heridas del mundo.

Espero estar al menos un mes con mis amigos, y conseguir paz y equilibrio, y un corazón menos agitado, y un humor más dulce. Siento una extraña añoranza por las grandes y sencillas cosas primigenias, como el mar, para mí no menos madre que la Tierra. Me parece que todos miramos demasiado a la naturaleza y vivimos demasiado poco con ella. Discierno una gran cordura en la actitud griega. Nunca charlaron sobre las puestas de sol, ni discutieron si las sombras de la hierba eran realmente malvas o no. Pero

veían que el mar era para el nadador, y la arena para los pies del corredor. Amaban los árboles por la sombra que proyectaban, y el bosque por su silencio al mediodía. El viñador se cubría los cabellos con hiedra para protegerse de los rayos del sol cuando se inclinaba sobre los brotes jóvenes, y para el artista y el atleta, los dos tipos que nos dio Grecia, trenzaban con guirnaldas las hojas del laurel amargo y del perejil silvestre, que de otro modo no habían servido a los hombres.

Llamamos a la nuestra una época utilitaria, y no conocemos los usos de ninguna cosa. Hemos olvidado que el agua puede limpiar, y el fuego purificar, y que la Tierra es madre de todos nosotros. Como consecuencia, nuestro arte es de la luna y juega con las sombras, mientras que el arte griego es del sol y trata directamente con las cosas. Estoy seguro de que en las fuerzas elementales hay purificación, y quiero volver a ellas y vivir en su presencia.

Por supuesto, para alguien tan moderno como yo, 'Enfant de mon siècle', el mero hecho de mirar el mundo será siempre encantador. Tiemblo de placer cuando pienso que el mismo día de mi salida de la cárcel, tanto el laburno como la lila estarán floreciendo en los jardines, y que veré al viento agitar en una belleza inquieta el oro oscilante del uno, y hacer que el otro agite el pálido púrpura de sus penachos, de modo que todo el aire será Arabia para mí. Linneo cayó de rodillas y lloró de alegría cuando vio por primera vez los largos brezales de algunas tierras altas inglesas amarilleados por las aromáticas escobas leonadas del tojo común; y sé que para mí, para quien las flores son parte del deseo, hay lágrimas esperando en los pétalos de alguna rosa. Siempre ha sido así para mí desde mi infancia. No hay un solo color escondido en el cáliz de una flor, o en la curva de una concha, al que, por alguna sutil simpatía con el alma misma de las cosas, mi naturaleza no responda. Como Gautier, siempre he sido uno de esos "para los que el mundo visible existe".

Sin embargo, ahora soy consciente de que detrás de toda esta belleza, por muy satisfactoria que sea, hay algún espíritu oculto del que las formas y los contornos pintados no son más que modos de manifestación, y es con este espíritu con el que deseo entrar en armonía. Me he cansado de las expresiones articuladas de los hombres y las cosas. Lo místico en el arte, lo místico

en la vida, lo místico en la naturaleza es lo que busco. Es absolutamente necesario que lo encuentre en alguna parte.

Todos los juicios son juicios por la propia vida, así como todas las sentencias son sentencias de muerte; y tres veces he sido juzgado. La primera vez salí del palco para ser arrestado, la segunda para ser conducido a la casa de detención, la tercera para pasar a una prisión durante dos años. La sociedad, tal como la hemos constituido, no tendrá lugar para mí, no tiene nada que ofrecer; pero la Naturaleza, cuyas dulces lluvias caen sobre injustos y justos por igual, tendrá hendiduras en las rocas donde pueda esconderme, y valles secretos en cuyo silencio pueda llorar sin ser molestado. Ella colgará la noche con estrellas para que pueda caminar en la oscuridad sin tropezar, y enviará el viento sobre mis huellas para que nadie pueda rastrearne para mi daño: ella me limpiará en grandes aguas, y con hierbas amargas me curará.

1. Capítulo 1